

EN LOS ALBORES DE UNA NUEVA ÉPOCA

Arnoldo Mora Rodríguez

Los signos del desconcierto

Hay acontecimientos en la historia que, por sorprendidos y radicales, desatan una especie de reacción en cadena de alcances universales e históricas consecuencias. Tal fue lo sucedido en los primeros días del mes de noviembre de 1989 con la caída del Muro de Berlín, símbolo del fin de una época. Desde entonces todo el mundo pareció haberse percatado de que algo había cambiado en el rumbo de la historia. No es que se hubiese dado el “fin de la historia”, como tan desafortunadamente había escrito el ensayista norteamericano de origen japonés Francis Fukujama, pero ciertamente se trataba de un signo de los tiempos nuevos. Sin duda, algo ha cambiado en los fundamentos mismos del mundo actual, no precisamente a partir de la caída del Muro de Berlín, sino desde mucho antes.

La historia, más que de hechos, se compone de procesos de largo alcance, los cuales son engendrados por causas profundas y perdurables, que luego producen esos hechos espectaculares que registra la crónica histórica y que sirven muchas veces para enmarcar las fronteras de los períodos históricos. Los hechos espectaculares no bajan de los cielos, ni surgen por casualidad. Son tan sólo la manifestación más visible de corrientes profundas que se vienen deslizando en el subsuelo de la historia, a la manera de la punta del iceberg que, más que revelar, oculta la inmensa superficie del glaciar que subyace navegando en las oscuras y abismales aguas del océano.

La reacción espontánea ante la caída del Muro de Berlín fue el decir, con el político francés Michel Rocard: “El siglo XX ha terminado”. Con ello queríamos decir que tomábamos conciencia de que se estaba gestando una nueva época, cuya manifestación plena sólo veríamos alborar con los inicios del nuevo siglo. Por ahora vivimos en las arenas movedizas de una tierra de nadie, de un período de transición, de una transformación en todos los órdenes, dicho sea de paso, mucho más profunda y desconcertante que la padecida en el cambio hacia un nuevo siglo vivido por las generaciones anteriores y tan sólo comparable al cambio del anterior milenio, es decir, al tránsito de la Alta Edad Media a la Baja Edad Media, concretamente, hacia el año 1.000 en la Cristiandad Occidental.

Todo lo dicho hasta ahora, lejos de tranquilizarnos, aumenta nuestra zozobra, desasosiega aún más nuestro ánimo e introduce la incertidumbre como atmósfera generalizada en los medios intelectuales del mundo entero, mientras nos alejamos cada día de ese año 2.000 que, en su momento, se había convertido en una cifra cabalística, por no decir apocalíptica. Con la caída del Muro de Berlín, en efecto, cayeron también los paradigmas (dogmas), es decir, los grandes criterios de verdad que nos servían de orientación en la vida individual y en la interpretación de los procesos históricos que nos rodean y que, gracias a los medios de comunicación, inundan cada día la intimidad de nuestras vidas y saturan la imaginación y la razón de toda la gente.

Pero los paradigmas han caído no sólo de un lado, el izquierdo, sino de todos los lados. Hegel decía que los contendientes, a fuerza de antagonizar y enfrentarse, terminan por parecerse y, sobre todo, por necesitarse mutuamente. El uno es la razón de ser del otro. El uno exige la existencia del otro para seguir siendo él mismo. Si uno de los contendientes abandona la lucha, el otro se ve despojado de lo mejor de sí, de su razón de ser, de aquello que había provocado su existencia y mantenía vigente su presencia en la historia. Hoy la caída del mundo comunista de Europa Oriental ha dejado perplejo al mundo capitalista de Occidente, que se encuentra solo, con lo que esto implica de crisis de identidad. Occidente domina el mundo, pero lo hace en solitario y la soledad alimenta su crisis de identidad. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está la raíz y la causa de todos los males, antes tan fácilmente detectables, pues el enemigo era visible y a él se podían atribuir, fueran reales o imaginarios? La soledad nutre el desconcierto. No sabemos para dónde vamos, ni dónde estamos parados. Ya no hay buenos ni malos. Al menos, estos no son tan fácilmente detectables.

Por eso, quizás, la tarea más importante del momento histórico que estamos viviendo es la de volver sobre nosotros mismos, mirar hacia atrás, ver el camino recorrido y partir de esa plataforma para aventurarnos en un nuevo viaje, como decía el viejo Platón, sabiendo poco o nada de la ruta, pero teniendo al menos una

elemental orientación de hacia dónde pretendemos ir. Para orientarnos hacia el porvenir debemos mirar nuestras raíces históricas. El pasado constituye el suelo firme sobre el que debemos poner nuestros pies si queremos dar un salto hacia adelante, hacia el futuro. Debemos arrojar una mirada retrospectiva con fines de orientación, más que de erudición, como punto de partida de una reflexión que nos capacite para asumir los principales retos del presente que vivimos y del futuro que prevemos.

El año 1.000

Todo comenzó, al menos para la cultura occidental, hace mil años. Al acercarse al año 1.000, la Europa cristiana era un vasto territorio selvático poblado de aldeas y pequeñas ciudades, donde sólo una ciudad superaba los 100.000 habitantes, Roma, capital de antiguo Imperio de Occidente, siglos atrás destruido por las invasiones germánicas. La cultura era entonces enteramente agraria. La visión racional del mundo era teológica. Ni siquiera había un centro de poder debidamente identificable. Los herederos de la cultura clásica grecolatina estaban en Oriente, en los grandes califatos de Bagdad y Damasco, o en el Imperio Romano de Oriente con sede en Bizancio-Constantinopla. En la Europa cristiana dominaba un sentimiento milenarista y apocalíptico, nutrido en la creencia popular de que Cristo volvería a juzgar a vivos y muertos en el año mil, tal como se desprendía de una lectura literal del último libro de la Biblia, el Apocalipsis. Un sentimiento de decadencia, de temor, de zozobra, imperaba por doquier y se reflejaba en la descomposición moral incluso del único centro espiritual que tenía la Cristiandad, la Roma de los papas. Nunca como entonces llegó tan bajo el más importante centro de espiritualidad de Occidente. Por eso, a este siglo se le ha llamado significativamente: “El siglo de hierro”.

Sin embargo, llegó el año 1.000. Y pasó el año 1.000 y Cristo no regresó en la Parusía. No hubo Parusía. Europa comprendió que no era el fin de los tiempos, que las trompetas del Apocalipsis no levantaron con su metálica algarabía a los muertos de sus tumbas. Europa se percató que no había llegado el Juicio Final, pero sí que era el final de algo, de una época. Pero un final que no era el fin de todo, lo último, sino todo lo contrario: el inicio de algo nuevo, de una nueva era para pueblos y naciones. Entonces Europa cambió. Introdujeron algunas innovaciones técnicas, sobre todo en la producción agrícola, y la población comenzó a crecer. Surgieron las ciudades además de Roma, París la primera. Las plazas y mercados brindaron el espacio para el comercio. Y a finales de ese siglo, el XI, el primero del nuevo milenio, Europa salió del cerco en que la tenía asfixiada el expansionismo islámico, que desde el siglo VIII dominaba la Península Ibérica, la punta extrema del continente. Una nueva estructura económico-social se desarrollaba, el feudalismo. A finales de ese siglo se inició

El pasado constituye el suelo firme sobre el que debemos poner nuestros pies si queremos dar un salto hacia adelante, hacia el futuro

la aventura que hoy culmina exitosamente Occidente al dominar sin rival el mundo entero: el expansionismo de su cultura, de sus valores, de su visión del mundo y de su dominación económica y política.

Este inicio del expansionismo político, militar, económico, cultural y religioso de Occidente por el mundo lleva en la historia el nombre de “Las Cruzadas”. Gracias a éstas, el Occidente Cristiano reconquista las vías de comercio con el mundo antiguo oriental, entra en contacto con las culturas más desarrolladas del mundo árabe, lo que, a su vez, posibilita el acceso de Occidente a los textos de los filósofos, científicos y literatos de la antigua cultura griega. En el siglo XII se crean las universidades, la Metafísica de Aristóteles es traducida al latín y se convierte en el manual obligado de la introducción a los estudios superiores. En el siglo XIV entra en crisis el régimen de la cristiandad o césaro-papismo al derrumbarse la hegemonía política del papado y comenzar a despuntar el nacionalismo en torno a monarquías que desafían el poder del Emperador, en particular Francia. Entramos de lleno en el Renacimiento, revolución cultural de gran envergadura impulsada por la naciente burguesía mercantil. Europa inicia su expansión por el mundo. La cultura occidental deja de ser una cultura regional y se lanza a conquistar el mundo entero, sobre todo, gracias a la colonización de América. Las revoluciones democrático-liberales, la revolución científico-técnica provocada por la implantación del método experimental, culminarán hacia finales del siglo XVIII con la revolución industrial y la consolidación del Estado-Nación moderno. Hemos llegado a la Edad Contemporánea.

El mundo contemporáneo

Hoy esta Era parece llegar a sus propios límites. El fin de siglo que acabamos de vivir ha visto hecho realidad en todos sus extremos el sueño de Colón. El mundo entero cae bajo la hegemonía sin rival del mundo capitalista occidental, de tradición cristiana, asentado en los países desarrollados del Norte. Toda otra cultura, por más antigua (Oriente) o militante (Islam) que sea, no aparece a los ojos del observador de hoy más que como una cultura regional o provincial. Ante el expansionismo del capital transnacional y su imperio sin fronteras, las economías de subsistencia tradicionales desaparecen como hoja seca en la tormenta, tal como lo previeron Marx y Engels en el *Manifiesto*

El mundo entero cae bajo la hegemonía sin rival del mundo capitalista occidental, de tradición cristiana, asentado en los países desarrollados del Norte

Comunista de 1848. El Estado-Nación entra en crisis debido a la formación de bloques continentales de mercado.

Este expansionismo de las fuerzas del mercado, de la sociedad capitalista y sus grandes desequilibrios sociales, de la sociedad de consumo y sus espejismos, de sistemas políticos de democracia formal, carentes de sustentación material e inmersos en abismales y ancestrales injusticias sociales, no se da sin fuertes contradicciones que constituyen una amenaza permanente de destrucción y retroceso a gran escala. Estas contradicciones se dan, tanto en los países o bloques hegemónicos desarrollados del Norte, como en los países periféricos y mayoritarios del Sur. Los unos buscan ventajas en la apertura de mercados; los otros resucitan querellas políticas y culturales que por siglos habían sido reprimidas al implantarse los estados nacionales. Así, las identidades étnicas, lingüísticas y religiosas reputadas como fantasmas del ayer ya superados, renacen con inusitada virulencia, demostrando con ello que no se puede avanzar hacia el mañana sin asumir las contradicciones del ayer en un presente incierto y azaroso.

Pero más allá de estos conflictos que nutren la crónica periodística cotidiana y que dan pie al análisis permanente del acontecer político, debemos profundizar nuestra mirada. La incertidumbre de estos albores del nuevo milenio nos obligan a ello. Las crisis mencionadas no son más que síntomas de un malestar más profundo que es preciso detectar antes de que la enfermedad se convierta en incurable. Como en el caso del cáncer, los grandes desafíos de la historia sólo pueden tener un desenlace feliz o, al menos, no fatal, si sabemos detectarlos a tiempo. La desidia o la falta de lucidez y entereza en aplicar los remedios oportunos, son peores que la enfermedad misma y, ciertamente, su mejor aliado.

Estas cuestiones tienen su sustento en el hecho evidente del contraste entre el triunfo aplastante de la Cultura Occidental y las profundas contradicciones que dicho triunfo trae aparejadas. Esto nos lleva a preguntarnos lo siguiente: ¿A qué precio Occidente ha logrado este triunfo sin precedentes en la historia de la especie humana? Una respuesta a esta cuestión sólo puede darse si indagamos en las raíces y presupuestos filosóficos en que se ha nutrido el desarrollo de Occidente. En otras palabras, ¿qué conciencia de sí ha tenido Occidente para lograr llegar hasta donde ha llegado? Formularse esta cuestión es tanto más necesario cuanto más indagamos sobre los orígenes de nuestra cultura. Las raíces

de la cultura occidental, recordemos, son el racionalismo de la filosofía griega y la ética antropocéntrica del judeo-cristianismo, todo ello impulsado por el sentido pragmático de la revolución científico-técnica de los siglos recientes.

Lo grave de esta amalgama es que, al adoptar un tanto acriticamente la racionalidad pragmática inherente a la mentalidad científico-técnica, Occidente ha minusvalorado el humanismo de la filosofía griega y de la ética cristiana. En estos últimos siglos ha logrado vencer relativamente a las fuerzas ciegas de la naturaleza, pero corre el riesgo de destruir, gracias a su real poderío, esa misma naturaleza de la que procede su propio talento y poder. Grecia veneró a la naturaleza (*Physis*). El judeo-cristianismo considera que el mundo es bueno porque ha sido creado con amor por Dios, como enseña la primera página del primer libro de la Biblia, el Génesis. El hombre mismo ha sido “creado a imagen y semejanza de Dios”, como lo dice el mismo libro sagrado.

La raíz de todos nuestros males está en el olvido de nuestras raíces. Estamos como el mono que desgaja la rama en que está aferrado y que, hasta ahora, le ha impedido precipitarse en el abismo. El mayor enemigo que tiene el hombre actual es él mismo, su propio poder acumulado gracias a una revolución científico-técnica que lo ha llevado a desafiar con éxito las fuerzas ciegas de una naturaleza indómita. Hoy estamos a punto de que todo perezca, no por ausencia de poder, sino por incapacidad de controlar el poder. La naturaleza no es nuestro enemigo. Al contrario, como madre amorosa nos ha entregado sus secretos. Cada día asistimos admirados al descubrimiento de sus maravillas y a los tesoros que, como la cueva de Aladino, encierra en su seno, haciéndonos pasar de la perplejidad a la euforia sin límites.

Por mirar hacia afuera, el hombre se ha olvidado de mirar hacia adentro. Un abismo insondable se abre en su propio corazón y, mientras más nos admiramos de lo que ven nuestros ojos gracias a los portentos de la ciencia, más nos horrorizamos del misterio de iniquidad que encierran los pliegues y repliegues del alma humana. En esto Sócrates se equivocó: la ignorancia no es la sola causa del mal. Más allá de la razón hay en el hombre otra facultad descubierta por Aristóteles en su ética: la voluntad, que de alguna manera escapa al imperio de la razón. Ya los trágicos griegos lo habían intuido: la “*hybris*” es la causa de todos los males en el hombre. La “*hybris*” griega no es el equivalente a la soberbia en el sentido como se entiende el concepto de pecado en el cristianismo. No es un acto éticamente malo, concientemente asumido, como la soberbia de Lucifer al levantarse contra Dios. La “*hybris*” de que nos habla la tragedia griega es algo más normal en el hombre, es la embriaguez que provoca el triunfo, el mareo o vértigo que afecta a quien no está acostumbrado a mirar el panorama desde las alturas.

La gran lección que nos da la sabiduría antigua es que para el hombre es más peligrosa la victoria que la derrota. Porque las derrotas debidamente asimiladas son una fuente inagotable de sabiduría, mientras que los triunfos no asimilados son tan sólo el preludio de la tragedia. Bien sabemos que las alturas producen mareo. Es mejor estar desarmado que tener armas en manos inexpertas. En este último caso, las posibilidades de destrucción son mayores y de consecuencias con frecuencia irreparables. En resumen, el hombre actual sólo tiene un enemigo, él mismo. Ya lo decía San Agustín: el mal no puede provenir de Dios que es infinitamente bueno, ni de la naturaleza que ha sido creada como un acto de generosa bondad por Dios. El enigma del mal sólo puede encontrar su respuesta en el fondo del corazón humano, en eso que San Agustín llamaba “libre albedrío”. Sin embargo, como dice Sartre, hoy día el hombre está condenado a ser libre. Por ende, el remedio no está en renunciar a su libertad, renuncia que, por lo demás, es imposible por ser inherente a su entraña ontológica.

La sabiduría, nos dice Kant, consiste en la toma de conciencia lúcida y consecuente de nuestras propias limitaciones. Una tarea se impone a todos los que tienen poder, no sólo a causa del control del aparato del Estado, sino también en la sociedad civil con sus fuerzas sociales, políticas e informativas. Esta tarea consiste en lo que los antiguos llamaban “prudencia”, es decir, lo contrario de la “hybris”, de la embriaguez que dan el poder, la libertad, la riqueza o el saber. Debemos redescubrir viejas verdades: la felicidad está dentro de uno mismo, en la autoestima y el amor hacia los otros, en la capacidad de diálogo y la generosidad, en el goce y disfrute de la contemplación estética, en el descubrimiento de nuestra capacidad autocreadora. Esto no obstante, si bien es correcto, tiene la limitación de que se reduce a una ética o sabiduría personal e intersubjetiva. Los grandes problemas políticos, sin embargo, se juegan en la esfera de lo que Hegel, siguiendo a los griegos, llamaba “lo público”, es decir, en el ámbito que trasciende lo doméstico. En la esfera de lo “público”, dos son los grandes retos que debe asumir la humanidad hoy en día:

1. La democratización de sus logros materiales y culturales. La ciencia y la tecnología no son saberes esotéricos ni intimistas. Por naturaleza, son del dominio del que penetra sus misterios. La transmisibilidad del saber es la característica formal fundamental de todo conocimiento racional, decían los antiguos sofistas. La ciencia es democrática en su propia esencia. Por eso no puede ser monopolio de algunos países. Esto es tanto más importante cuanto que el saber científico-técnico se ha convertido en una especie de destino inexorable para toda la humanidad, como lo afirma Heidegger. Hoy la humanidad es inconcebible sin el avance de la ciencia y la tecnología, que penetra hasta en el último rincón de nuestra vida cotidiana y el último centímetro del planeta. Hacer que los logros sociales, económicos y

La gran lección que nos da la sabiduría antigua es que para el hombre es más peligrosa la victoria que la derrota

culturales que ofrece el avance científico-técnico lleguen a ser patrimonio de toda la humanidad, es condición indispensable de una paz duradera y de un desarrollo equilibrado de todos los pueblos que la componen.

2. Lo dicho no se logrará si no se da un respeto internacional a la identidad cultural de cada región del globo. Esto es particularmente importante en caso de conflicto militar. El monopolio de la violencia no puede estar sólo en manos de algunos países que tienen el odioso privilegio del derecho al veto en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Debe haber condiciones reales para que haya amplios consensos a fin de resolver los conflictos. Los desequilibrios ya de por sí abismales entre el Norte y el Sur, que amenazan con destruir a la humanidad, se agravan si todo el peso del control represivo de los conflictos regionales se deposita en manos de algunos países solamente.

Para hacer realidad todo lo anterior, se requiere como condición indispensable la construcción de un nuevo orden internacional, que implica la transformación radical de las Naciones Unidas, tanto en su estructura actual como en el ejercicio mismo de sus funciones. Los objetivos y fines de la ONU son muy nobles. No se trata de cambiarlos, sino de hacerlos realidad en un mundo donde el maniqueísmo propio de la guerra fría ya es obsoleto. La Organización de las Naciones Unidas es un gran logro por su sola existencia para la humanidad, que debió pagar el durísimo precio de dos guerras mundiales para convencerse de su importancia. Esta organización debe ser el centro de convergencia de todos los pueblos, donde éstos diriman sus conflictos políticamente y no se agraven, mediante el uso poco prudente de la violencia. Las Naciones Unidas deben ser constructoras y promotoras de la justicia social y el desarrollo. Nuestro país, Costa Rica, junto con muchos otros pueblos de la tierra, debe hacerse portavoz de ese clamor que brota de los corazones y de las conciencias de multitudes en todos los rincones de la tierra. Porque entre más altas y grandes sean las causas por las que luchamos, más es necesario aunar esfuerzos, reunir voluntades, enfervorizar corazones. En tareas como éstas nadie está de sobra, todos somos indispensables. Las Universidades en la primera trincheras. ☐

Arnoldo Mora. Filósofo costarricense, profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional – UNA en Heredia, Costa Rica. Es autor de importantes obras en el campo de la filosofía y de la cultura universal. Fue Ministro de Cultura y Deportes de Costa Rica.